

Observaciones y conjeturas ideológicas en la metodología liberal de Alexis de Tocqueville: el problema de la miseria social

Observations and Ideological Conjectures in Liberal Methodology of Alexis de Tocqueville: the Problem of Social Misery

JULIÁN SAUQUILLO*
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN. Alexis de Tocqueville comparte con los pensadores sociales fundadores de la sociología clásica un organicismo típico. A su compartida visión de la sociedad como un cuerpo con órganos le correspondió una visión de la sociología como medicina social. Esta concepción natural de la sociología debiera ser capaz de sanar las peores enfermedades sociales con la contundencia del cirujano. Aquí no se diferencia Tocqueville de sus contemporáneos científicos sociales. El rasgo que le distingue de su ambiente teórico es un individualismo metodológico pionero y en línea con la posterior sociología de Max Weber. Las dos *Memorias sobre el pauperismo* de Tocqueville trataron de encajar las figuras del trabajador indigente y del miserable dentro de un sistema de control político. Asegurar la “ciudadanía” a ciertos sectores de la población fue compatible con generar cada vez más pobreza social. La estrategia político burguesa de sus fines no menoscaba la grandeza metodológica de Tocqueville como clásico de la sociología.

ABSTRACT. Alexis de Tocqueville shares a typical organicism with the founding fathers of classical sociology. His view of society as a body with organs was accompanied by a vision of sociology as social medicine. Such a natural idea of sociology should be able to cure the worst social ills with the skill and accuracy of the surgeon. Here, and unsurprisingly, Tocqueville follows his contemporary social scientists. What distinguishes him from the theoretical environment of his contemporaries is however a pioneering methodological individualism in line with the later sociology of Max Weber. Tocqueville’s two *Memoirs on Pauperism* tried to fit the figures of the indigent and miserable worker into a system of political control. Securing “citizenship” to certain sectors of the population was compatible with generating more and more social poverty. Although a bourgeois political strategy underpinned these ends, it did not undermine Tocqueville’s methodological greatness as a classic of sociology.

* Julian.sauquillo@uam.es. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-4289-3770>.

Palabras clave: pauperismo; individualismo metodológico; organicismo; clásico de la sociología; reforma social; observación social; Max Weber.

Key words: Pauperism; Methodological Individualism; Organicism; Classic of Sociology; Social Reform; Social Observation; Max Weber.

“En 1833 recorrí Gran Bretaña. Otros estaban interesados por la prosperidad en el interior del país, yo pensaba en la secreta inquietud que agitaba visiblemente el espíritu de todos sus habitantes. Creía que miserias importantes debían ocultarse por debajo de ese brillante manto que admira Europa. Esta idea me lleva a examinar con una atención muy especial el pauperismo, esa plaga horrible e inmensa que se halla unida a un cuerpo lleno de fuerza y salud.”
Alexis de Tocqueville, *Primera Memoria sobre el pauperismo* (1835).

“(…) Amémonos siempre igual; es un consuelo a todos los males de la vida.”

Carta de Louis de Kergoey a Alexis de Tocqueville
(París, 2 de abril de 1830).

1. OBSERVAR LO IRREMEDIABLE

La propuesta reformadora de Tocqueville es más propia de un higienista público del siglo XIX que de un estricto teórico de la política de los siglos XVII y XVIII. El estilo especulativo de la primera *Memoria sobre el Pauperismo*, propio del mejor Rousseau, se mezcla con la preocupación reformista por adecuar la situación de los más pobres a las nuevas urgencias sociales de la sociedad industrial. La instalación de los nuevos equipamientos sociales en la aglomerada urbe industrializada requirió de toda una ingeniería social. El talento de Tocqueville, tan atento a atisbar soluciones a los problemas de su país en territorio extranjero, acudió a Inglaterra con la idea de cortar la epidemia social que traían los paupérrimos a todos los horizontes. En este intento sanador no cabe pedir a la sociología de la época que deslindara mínimamente hechos y valores. El sociólogo se identificaba, entonces, con un diestro médico en el manejo del bisturí que abre el cuerpo y corta por lo sano. Bastantes años después de esta visión de la sociedad como un cuerpo, Émile Durkheim apreció que la sociedad era un organismo con órganos en *De la división del trabajo social* (1893) y Joaquín Costa demandó un reformador social que cuente con las dotes de vivisección de un cirujano de hierro en *Oligarquía y caciquismo como forma de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901). La perspectiva médica es compartida por Tocqueville con muchos otros, pero su mirada sociológica, como veremos, se anticipa con un individualismo metodológico casi inédito. Tocqueville es capaz de observar conciencias individuales donde Durkheim sólo ve conciencias colectivas, transcurridas bastantes décadas de historia de la sociología.

De Montesquieu a Marx, el pensamiento social ha reunido un positivismo típico que no le es ajeno, ni mucho menos, a Tocqueville. Como las leyes de la historia de las sociedades eran consideradas tan indefectibles como las leyes de la naturaleza, cabía esperar su acaecimiento mecánico o intervenir en su llegada. Atajar los problemas sociales requería incidir en el proceso histórico como una suerte de catalizador que frenara, ralentizara o acelerara sus ineluctables efectos. La batalla sociológica no permitía autores neutrales. De la subversión de Marx y Engels a la filantropía reformadora de Jeremy Bentham, las posiciones ideológicas cuentan más en las terapias que en los diagnósticos de lo que estaba ocurriendo tras las grandes revoluciones burguesas. De la reforma a la revolución, las posiciones estaban muy bien definidas. Así, para Karl Marx, Jeremy Bentham es el prototipo del filósofo burgués que higieniza la nueva ciudad para garantizar una mano de obra rentable por salubre. Nada invita a confiar en la filantropía de la época. Pero, por sus raíces románticas, Tocqueville es peculiar entre el positivismo de uno u otro tipo de su periodo. En primer lugar, porque fía a la personalidad irresistible de la excelencia de carácter corregir los peores efectos de los tiempos modernos con una ciencia política nueva. La historia posee un elemento impredecible en su decurso si intervienen hombres excelentes. En segundo lugar, la apelación a estos sujetos viriles, masculinos, de virtud extrema, comporta un antihumanismo que mal se aviene con el progresismo de unos y otros reformadores sociales.

Aunque la visión de Tocqueville de la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX guarde concomitancias con *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844) de Federico Engels, las terapias propuestas por el normando pretenden sostener al sistema capitalista sin enmienda. Tocqueville vaticinó perspicazmente que la batalla política futura sería por el avance y consolidación de los derechos de ciudadanía, pero era consciente de que tal estatuto jurídico político permanecería lejos de amplios sectores muy vulnerables de la población. La desigualdad extrema convivió, y pervive hoy, con los avances y los retrocesos históricos de los derechos civiles, políticos y sociales. Esta desigualdad dio lugar a dos figuras sociales menesterosas diferentes entonces: el necesitado y el miserable o indigente. De una parte, el necesitado se vio compelido a trabajar duramente pues no contaba con reservas económicas. Desde el siglo XVIII, se fue configurando una conciencia nacional (periodismo político, reuniones, campañas de propaganda, asociacionismo en la defensa de las causas públicas) que extendió la democracia moderna desde las clases altas a las clases bajas. Tal conciencia nacional benefició a las clases bajas sin cuestionar mínimamente la estructura de clases. De la otra parte, el miserable quedó, en cambio, como un rédito necesario y molesto que carecía del mínimo para vivir decentemente. Exento de derechos, cae bajo la caridad pública o pri-

vada. Desde el siglo XVIII, la policía del Estado se dirigió más al control de las poblaciones –procesos de natalidad, educación, alimentación, enfermedad, longevidad, muerte...– que al reconocimiento extenso de derechos sociales para todos los individuos. La caridad privada, más que la caridad pública, y los montepíos y las cajas de ahorro, en vez del Tesoro Público que invirtiera correctamente los ahorros de los más menesterosos, debían paliar un mal endógeno del capitalismo que el Estado liberal rehuía corregir (Boudou, Guillaume, 2016).

La ciudadanía no ataca, desde entonces, el sistema de clases. Muchas veces lo reforzó. Dejó pendiente el paulatino reconocimiento de derechos civiles, políticos y sociales de forma amplia. La indigencia social permaneció excluida, desde el primer momento, bajo las *Poor Law* antiguas y modernas (Marshall, T. H., 1950, 1992). Tocqueville se sintió preocupado por este deterioro social traído por el capitalismo industrial que justificó la emergencia de la Ley de Pobres de 1834. Pero Tocqueville poseía el realismo político necesario para considerar que la democracia moderna conllevaba una doble racionalidad: una racionalidad contractual de reconocimiento lento de derechos; y otra extracontractual de ordenación policial, higiénica y carcelaria (Melossi, Dario y Pavarini, Massimo, 1985). Ambas formarían el doble rostro de Jano necesario de la nueva sociedad democrática. Y había que construir un método que aceptara las leyes inevitables de la historia –como si de la providencia se tratara– con ningún ánimo transformador (Sauca, José María: 1996: 115-375). Si *La democracia en América* (1835, 1840) supone el acatamiento de la democracia como un destino incontrovertible, las *Memorias sobre el pauperismo*, I y II, son la asunción de los peores efectos del capitalismo con el mejor ánimo paliativo. Tocqueville asume el concepto de “interés bien entendido” de Say: una competitividad basada en el respeto mutuo de los competidores económicos de mayor o de muy menor calado (la privación de cualquier pulsión letal entre los participantes en el mercado distingue la competencia de la guerra y preserva su continuidad). Pero más allá de esta salvaguardia del libre mercado, comparte, igualmente, la inexistencia de cualquier seguro público de la sociedad respecto de sus miembros. El *Cours complet d'économie politique pratique* (1803; 1840, 2ª ed.) de Jean-Baptiste Say deja claro un principio compartido por Tocqueville: “el hombre no debe nada a los otros, se debe a sí mismo el perfeccionamiento de su ser”. No hay ningún título que avale la carga del sostenimiento de los indigentes sobre los propietarios. Tocqueville pudo partir del principio de Say: los seguros públicos jamás descenden el número de indigentes, más bien lo aumentan. Para ambos, las parroquias inglesas eran el contraejemplo a no seguir. No había beneficencia pública en Inglaterra suficiente para atajar la pobreza. Desde el reinado de Isabel, los “asilos abiertos al infortunio” justifican el “abuso de los gastos públicos” sin limitar la pobreza. Tocqueville marchó a Inglaterra para encontrarse con la economía clásica, en vez de con

la miseria, de primera mano. El problema era antiguo pero la noción “pauperismo” había abierto una reflexión nueva sobre el creciente aumento de la pobreza con la industrialización (Say, Jean-Baptiste: 1840: 478, 479).

Mientras el socialismo marxista planteó la abolición del capitalismo, el liberalismo dejó indemne, en cambio, al capitalismo industrial. Tocqueville padecía una “fobia del Estado”. Buscaba remedios privados a la indigencia social. Si se atiende a la segunda *Memoria sobre el pauperismo*, la unión de cajas de ahorros y montes de piedad forma un adecuado circuito de crédito y deuda entre los propios derrotados del capitalismo, más o menos desfavorecidos por la contienda económica. La población indigente es el paciente y la propia terapia en cuanto enmiende sus hábitos letales. Si se considera la primera *Memoria sobre el pauperismo*, previene contra una legalización de la caridad, que mezcla las circunstancias sociales y las elecciones personales causantes de la pobreza. Esta confusión, según Tocqueville, acaba premiando a la clase social perezosa, pícara y ociosa. Confía en que la explotación de la pequeña propiedad, el orden, la actividad y el ahorro saquen al pobre de la indigencia. Sus terapias son las de un hombre antiguo: en estas memorias, el temor a la democracia se convierte en espanto ante la industria. Su lente angular intenta la foto fija del desarrollo inglés: el desarrollo les hace ser más proclives a las crisis. Cuanto menor es la agricultura y mayor es la industrialización, más comercio internacional sostienen y más profundas crisis endógenas padecen en Inglaterra. Tocqueville pretende aislar los principios generales para encarar la verdad de los pueblos –Inglaterra, Francia, pero también Portugal y España...–, contabilizar el índice de pobreza correspondiente a su fase del desarrollo y apuntar los remedios a los males.

Pero la matriz aristocrática de su método es asaz llamativa. Su más respetado interlocutor es un gran propietario del sur de Inglaterra, juez de paz, con quien se aloja en Longford Castle: la picardía de los miserables estaba, según su anfitrión, a la orden del día. Y el método científico, le falta decir, está salvado del contagio de la miseria. A la “fobia al Estado” se suma una aversión a los pobres. Su método está tan amurallado como el castillo de Longford. Esta vez, no se inmiscuye en los testimonios de los administradores de las ayudas inglesas. El estudio de campo para el “miserabilismo” es muy reducido, si se compara con el Informe *Del sistema penitenciario en Estados Unidos y su aplicación a Francia* (1832) de Tocqueville y Beaumont. Hace acopio de la experiencia de la ciudad de Metz –donde vivió, quizás, su mejor amigo: el conde Louis de Kergorlay– en la vanguardia de las instituciones filantrópicas y populares. Utiliza más un microscopio que un telescopio metodológico. La miseria es la lacra de unas crisis inevitables del capitalismo. Pero es la rémora diferenciada de cada nación. Por momentos, el nacionalismo y el carácter nobiliario enturbian su visión social.

2. ¿CÓMO MIRAR?

Jon Elster ha destacado que, por encima de las contradicciones e inconsistencias de Tocqueville, su genialidad reside en el catálogo de mecanismos psicológicos que emplea para entender los procesos sociales. El éxito de Tocqueville no reside en establecer las leyes del comportamiento social. Más bien habría propuesto un catálogo plausible de motivaciones humanas –intereses, pasiones y normas sociales...– que operan como telón de fondo de las estructuras sociales. Su estrategia consiste en ofrecer una visión de la sociedad como agregado de individualidades en vez de incurrir en el holismo típico del siglo XIX. Tocqueville destaca –si atendemos a su argumento–, en la sociología clásica, por dos tácticas intelectuales: en primer lugar, comprender las creencias y deseos por las reacciones ante el medio social y otros hechos mentales; y, en segundo lugar, dar cuenta de las instituciones sociales y los cambios sociales por el resultado agregativo de muchas acciones individuales. Dicho expresamente por Elster, Tocqueville es un “individualista metodológico”. Pero el sociólogo noruego desconsidera la aportación de Tocqueville a la sociología comprensiva, definitivamente establecida por Max Weber en disputa con la sociología alemana que le precedió. Donde Elster observa caprichos, narcisismos, discrecionalidades de Tocqueville cabe ver un pergeño titubeante de esta sociología cualitativa. Queda advertir que lejos de “explicar” los procesos históricos, como Elster subraya, Tocqueville los comprende. Es un pionero de la sociología comprensiva frente a la sociología explicativa. Pero, en mi opinión, Elster acierta en subrayar los “leits motifs” que subyacen al entendimiento social del autor de las *Memorias sobre el pauperismo*. La agudeza de Tocqueville reside en agrupar acontecimientos sociales aparentemente dispersos bajo vínculos psicológicos que los unifican. A veces, el mecanismo psicológico identifica menos de lo que Tocqueville cree con afán universalizador (Elster, Jon, 1995: 115-208). Pero es cierto que la psicología individual es causa y efecto de los fenómenos sociales agregados. Quizás, por ello, Tocqueville tenga una mayor vigencia hoy con su entendimiento psicológico de fenómenos modernos que quienes construyeron cerradas teorías generales sobre la función de la religión, la economía, el matrimonio, la escritura, o las leyes de parentesco. El enconamiento de Elster en detallar las contradicciones y los prejuicios de Tocqueville es baldío. Donde Elster ve “prejuicios de clase” y aprecios espontáneos por la aristocracia, la monarquía y la masculinidad, sin pulir metodológicamente, cabe ver la construcción dubitativa de una sociología cualitativa. El marxismo analítico de Elster tiene sus propias limitaciones. No observa que Tocqueville apunta la superación del punto de vista científico natural padecido por la sociología.

Tocqueville no reconduce el fenómeno de la miseria a un proceso histórico compartido por todas las naciones dominadas por el capitalismo industrial. Desde unos patentes valores que configuran su punto de vista –la mirilla sociológica–, se acerca a la miseria: la pobreza es un campo de pruebas privilegiado para su carácter aristocrático. Pero poco le interesan las causas sociales de la “miseria del mundo”. Su objetivo es evitar que el resentimiento convierta a este “lumpen” en proletariado reivindicativo. Inocular el cálculo económico del propietario a los desposeídos es la única salida a la miseria. Se trata de evitar el resentimiento popular de los pobres respecto de los ricos. Una salida que taponar la revolución. Las dos *Memorias sobre el pauperismo* comparten con Weber que el capitalista tiene un valor racionalizador del mercado y la industria. El capitalismo pone al individuo en el camino del orden salvífico en vez de situarle en la senda del deterioro social. Pero detrás del empresario, por pequeño que sea, hay una psicología ceñida al ideal moral del ahorrador y del inversor. Hay una ascética tras la psicología adecuada del propietario. Salir de la pobreza requiere de un yo ideal que pide el esfuerzo de atesorar e invertir hasta apreciar lo ganado y desear acrecerlo. Querer lo apropiado aleja de las decisiones patéticas y las elecciones condenatorias, adoptadas por el carente de todo. Tocqueville defiende un concepto de sujeto autónomo que rechaza quedar esclavizado por las ayudas públicas al miserabilismo. Trata de convertir al agente social en agente moral. Se opone a la dinámica social de la revolución francesa que comienza a dar ayudas en la medida que uno quede subordinado al Estado (Gauchet, Marcel, 1989: 244-251). Tampoco se hace ilusiones de que la autonomía vaya de suyo: la tendencia al abandono individual por el apoyo público es manifiesta si no se conduce a los hombres al desempeño de una tarea fabril. De aquí la urgencia de hacer partícipes a los hombres no sólo de la propiedad agrícola sino también de la propiedad industrial. Así sea tanto en Francia como Inglaterra a pesar de sus idiosincrasias económicas. Se trata de evitar la psicología dilapidadora de los hombres inculcándoles una psicología laboriosa. Aunque su alternativa pueda resultar tan poco factible en el siglo XIX como salir del río que nos arrastra tirándonos, como el barón Münchhausen, de las propias barbas. La legislación estatal debiera ser, en su propuesta, el mecanismo de estabilización de los mejores deseos, pasiones y anhelos fabriles para evitar el derroche inútil del Estado en aras de atajar la pobreza.

El método de Tocqueville es comparativo, tal como señala Raymond Aron (le considera “sociólogo comparatista”). Es consciente de que las sociedades democráticas tienen formas políticas diversas en Alemania, Francia o Estados Unidos. Pero su aportación genial es apuntar un “tipo ideal” desde valores patentes bien declarados: se comporta como el pintor aristocrático de origen que no concibe describir sin juzgar desde valores jerárquicos explícitos e “intrín-

secamente ligados a la descripción”. El método de Tocqueville va del viaje transatlántico a la “experiencia mental”. Su tipo ideal recoge ya no la estructura de la sociedad democrática sino la de la esencia de la democracia (Aron, Raymond, 1967, 223-252) que, tomada estrictamente en su tipología, no es real.

De esta forma, Tocqueville está iniciando el camino que Weber concluye en la sociología comprensiva. Una de las posibles interpretaciones de la *Wertfreiheit* (“ciencia libre de valores”) convierte este principio en un postulado práctico más que en un principio metodológico. La ciencia libre de valores plantea una liberación respecto de los valores dominantes en los observadores autorizados a la hora de analizar fenómenos sociales relevantes. Quien está libre de valores ve problemas irresueltos en aquellos asuntos que todos ven evidentes. Subraya prejuicios en los juicios más asentados y asumidos por todos. La *Wertfreiheit* es menos un afán de neutralidad en la torre de marfil de la investigación que una pasión por esclarecer aquello que para el resto es evidente. Es libertad de la ciencia respecto de los valores establecidos por la ciencia social hegemónica. Se trata de encarar los problemas sin presupuestos, consciente de que los valores en juego luchan entre sí, de que no están unificados ni por los avances científicos ni por los progresos tecnológicos. El científico social abre nuevos campos de estudio cuando se libera de los valores dominantes (Sauquillo, Julián, 2006). Para la comprensión de los procesos sociales o los comportamientos humanos, a Weber no le bastaba la construcción estadística de leyes universales que previeran la repetición de un suceso. Procuró un conocimiento cualitativo de la acción que reconstruya las motivaciones de cada acción particular. Da un paso adelante respecto de la aportación de Tocqueville –inmerso en el romanticismo y afectado por el positivismo– pues Weber rechaza las explicaciones psicológicas de la acción humana en la historia. Tocqueville asume el azar en la historia. Conceptos como “creatividad” o “personalidad” –rechazados por Weber y afines a Tocqueville– permiten considerar irracional o incalculable a la acción humana. Tocqueville asume que el azar puede jugar un papel en el acaecer de la historia. Mientras que Weber buscará conexiones causales concretas en procesos sociales particulares.

Pero Weber y Tocqueville coinciden en la elaboración de “tipos ideales” para la comprensión interpretativa de esos procesos. La democracia moderna acaba siendo un tipo ideal. Estos tipos ideales son premeditadamente abstractos. Son voluntariamente generales y modélicos. La ciencia social precedente a Tocqueville requería de excusa al utilizar conceptos como “trabajo”, “valor”, “propiedad” y “consumo” como abstractos para dar cuenta de las manifestaciones económicas de todo el mundo (Say, Jean-Baptiste, 1840: 29). Mientras que Tocqueville y Weber utilizan conceptos ideales con un afán comprensivo de una realidad que, en su versatilidad o casuística, es inabarcable. Sólo la in-

interpretación abstracta de los fenómenos sociales puede dar cuenta de unos procesos inabarcables en sentido estricto. El informe de Tocqueville *Del sistema penitenciario en Estados Unidos y su aplicación en Francia* estaba cargado de cientos de notas que las *Memorias sobre el pauperismo* no poseen. De alguna forma, estas *Memorias...* están en el mismo orden visual que *La democracia en América*: son una sagaz interpretación de fenómenos modernos como la participación política y la pobreza extensiva del capitalismo industrial a partir de la visión sociológica. Evitan el sinfín de información reunida a pie de página que avala las tesis sostenidas. Para Tocqueville, era importante no asemejarse en nada a los frecuentes charlatanes. Pero el análisis de *La Democracia en América* y las *Memorias...* se sitúa en un impulso teórico mayor que el Informe sobre las cárceles norteamericanas. No se apoya tanto en las laboriosas y múltiples encuestas como en la interpretación cualitativa de las percepciones de campo. No se dan tanto los datos numerosos como las hipótesis razonadas y las conjeturas argumentadas.

Tocqueville rebasa el ámbito de la descripción de lo visto en el viaje. Ambos, Tocqueville y Weber, elaboran esos “tipos ideales” con valores de tipo religioso, ético y estético inscritos en sus particulares espíritus. La elección de valores entre muchos en pugna es inevitable en la investigación social. Valoraron los procesos sociales que vivieron, desde los valores de la aristocracia languideciente y la clase media emergente, respectivamente, sin desistir de poderosas conclusiones sociológicas. Para Tocqueville y Weber, las conclusiones de la investigación social sirven de orientación racional de las acciones medios a fines de transcendencia pública. La racionalidad de una acción social, en procesos históricos concretos, depende, en la concepción metodológica de ambos, de que se ciña al modelo de comportamiento perfilado por la investigación en términos generales. El científico social weberiano no busca explicaciones causales exhaustivas a las acciones sociales. Expone, por el contrario, qué causas son esenciales al fenómeno social particular que estudia. Pero dentro de una realidad que se presenta fraccionada y atizada por un movimiento centrífugo y desordenado.

Ambos vivieron dramáticamente ese caos social de sus tiempos. Tocqueville era consciente del hundimiento del sólido mundo medieval. Aspiraba a desentrañar las líneas maestras del nuevo escenario moderno, entre la gran confusión y el desorden, más que de fijar sus coordenadas históricas meridianas. En la primera *Memoria sobre el pauperismo*, Tocqueville intenta apuntar la causa fundamental del miserabilismo en el tránsito de la sociedad agrícola a la sociedad industrial: los elevados índices de desplazamiento hacia las urbes precipitan la miseria social. Más que dar una solución en la caridad privada, desacredita la legalización de la caridad pública. Confía en la prevención de la mi-

sería en vez de buscar su cura. Algo que requiere disponer de otra forma los elementos y sujetos que concurren en la historia. En la segunda *Memoria...*, Tocqueville ofrece su razón y experiencia al consejo del gobierno francés. El Estado anda ciego, en su opinión, todavía a la inminencia de su catástrofe y del hundimiento de los pequeños propietarios que le confiaron sus ahorros. La solución es más privada que pública. El mayor caos social es originado por la frecuente ausencia de cualquier proyecto económico vital individual entre los pobladores. Pretende dar una solución razonable. Pero, de forma ruda, atribuye al testimonio de la alta nobleza –Lord Radnor, juez de paz de experiencia litigiosa– el “puro sello de la verdad”. Hace una declaración abrupta de los valores aristocráticos que rigen su punto de vista cualitativo de la pobreza. Y esta declaración no es superflua pues, para Tocqueville, realizar un “viaje filosófico-político” requería de sumas notables de dinero. Así es porque era consciente de que no puedes hablar con mucha gente en el extranjero “más que mostrándote de golpe su igual”. Por ello, prestó más dinero a su mejor amigo para que venciera estas “miserias” y “llegase al punto a las cuestiones importantes”. Para el autor de las *Memorias sobre el pauperismo* era fundamental el testimonio de calle de los ricos (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, Baugy, 4/XII/1836)*. La mansión de Tocqueville, a quince leguas de París, era un castillo familiar construido en la época de Luis XIII. Todavía en 1857, Tocqueville lo describe con la nostalgia de un aristócrata con fe en su cuerpo de origen, que retorna momentáneamente a la sede de una gran familia. No puede sino lamentarse, entonces, a dos años de su muerte, a la vista de la serie de desmanes sufridos por el castillo en su entorno natural, en sus elementos decorativos y por su régimen de alquiler (Monty, Leopold, 1861: 38, 39).

3. EL “ARTE DE OBSERVAR”: EXPERIENCIA Y OBSERVACIÓN, PRUEBA Y CONJETURA

Indudablemente, la formación neta de Tocqueville en otros economistas previos tuvo que influirle. La noción “economía política” es utilizada desde el siglo XVI por Antoine de Montchrestien de Vatteville y había manifestado un impulso a finales del siglo XVIII. La cátedra de “Economía política” se creó en el Collège de France en 1830 y su primer titular fue Jean-Baptiste Say, muerto en 1832. Tocqueville se movía dentro de este incipiente mundo económico en Francia. En su época, los economistas eran conscientes de que la economía política era una ciencia reciente. Su estatuto neutral era discutido dadas las opiniones di-

* Toda la correspondencia citada se encuentra en: (Tocqueville, Alexis de; Kergorlay, Louis de, 1977).

vergentes que los economistas reflejaban. Pero vinculaban la libertad de pensamiento y la consiguiente diversidad de opiniones al avance de la ciencia económica. Sólo el economista sabía cribar las opiniones escuchadas, como prejuicios, intereses o ideas acertadas, con su robusta experiencia. Entonces, se observaban como valedores de una ciencia joven que podía airear descubrimientos nuevos con un tiempo de dedicación no demasiado dilatado (Droz, Joseph: 1837, V-XII). Pero Tocqueville estaba lejos de algunos de sus presuuestos. Todavía se discutía en Francia si era mejor llamar a estos conocimientos “economía política” o “economía social”. Las revistas especializadas en el hombre mezclaban filosofía, psicología, pedagogía y sociología, con gran frecuencia. Había una falta de especialización precisa. Sólo muy avanzado el siglo XIX, hubo una escuela de sociología positiva organizada en torno a maestros, discípulos y revistas muy conectadas con los avances sociales internacionales. En 1834, Tocqueville tenía un plan de fundar una revista con Beaumont y Kergoley que no saldrá adelante (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergoley, París, 21/IX/1834). Por ello, las referencias intelectuales cruzadas entre ellos –por ejemplo, el interés compartido por Pellegrino Rossi, jurista y economista, sucesor de Say en el Collège de France (Carta de Louis de Kergoley a Alexis de Tocqueville, París, 10/IX/1834)– no rebasan un alambique privado sumamente productivo.

Estos pioneros de la economía política francesa fueron claves en el origen de las ideas económicas de Tocqueville. Jean-Baptiste Say partía de que las sociedades políticas eran como cuerpos vivos semejantes al cuerpo humano. La economía política era el estudio de la naturaleza y de las funciones diferentes del cuerpo humano. Este cuerpo social no podía ser el efecto del arte de los legisladores o de los magistrados. Así es porque existen unas características del cuerpo social que obran como “naturaleza de las cosas”. Las deformidades posibles de estas sociedades –según Say– no son alterables por sociedades imaginadas, por utopías. La voluntad del hombre puede organizar la sociedad pero las partes que componen el cuerpo social tienen una estructura natural. Los agentes sociales pueden vigorizar la vida de estos cuerpos sociales pero no hacerles vivir. La organización artificial de los hombres dispone sus elementos orgánicos de una forma o de otra más saludable, pero las leyes naturales de su mantenimiento o destrucción son universales para todos los tiempos y todos los contextos geográficos. Estos economistas del siglo XIX atribuían a la economía política o social el estudio de las leyes naturales y constantes –los hechos estables– de las sociedades humanas para que puedan subsistir. Say desechaba el estudio de las circunstancias políticas de un país concreto –algo que Tocqueville aborda– pues la forma concreta de éstas es el resultado de un acontecimiento o un prejuicio nacional ajenos a su método. El “arte de observar”, para

Jean-Baptiste Say, podía basarse en la *experiencia* cuando los fenómenos pueden repetirse a su ritmo. Pero la *observación* era necesaria cuando se presentan según la marcha natural de los acontecimientos. La experiencia podía establecer principios o leyes generales, conexiones causales universales, como una prueba. A partir de ellos, caben planes de conducta (Nolla, Eduardo: 2007: 179-200). Este plano de la experiencia es –según Say– el propio de la economía política como ciencia. Una ciencia ajena a las conjeturas y las hipótesis. Esta economía científica podría conocer las causas y los efectos de las partes del cuerpo social hasta prever qué pasará en un futuro. Las leyes del cuerpo social, en su razonamiento, son tan naturales e ineluctables como las leyes del cuerpo humano. Pero, para Say, el hombre hace su destino: parte de los males sociales residen en nuestra condición y en la naturaleza de las cosas, mientras que otros son de creación humana. La economía debería tener una influencia futura sobre los gobiernos para dirigir saludablemente a las sociedades. Y su influencia sería más efectiva y honesta que la de los charlatanes. Pero Say diferenciaba este conocimiento científico, probado en la experiencia, del “arte de gobernar”. Por más que estudiemos la naturaleza de las cosas sociales, ningún hombre inmensamente instruido conoce las combinaciones infinitas que rigen incesantemente el movimiento del universo (social). La autoridad de las cosas es superior a la autoridad de los hombres. Apelaba a la necesaria instrucción económica de la política efectiva. Pero conocía las limitaciones de la economía política en la comprensión de la cadena de causalidades que determinan los fenómenos sociales. Sopesaba “la impotencia del examen”. Además, no conjeturaba sobre el origen y la naturaleza de las sociedades. El salvaje y el civilizado le inspiraban a Rousseau y a Tocqueville conjeturas que poco le interesaban a Say (Say, Jean-Baptiste, 1840: 1-30).

El “arte de observar” de Tocqueville no alcanza a la experimentación postulada por Say. Se limita a la observación de hechos emergentes y admite conjeturas sin encontrar pruebas. La primera y segunda *Memoria sobre el pauperismo* se asienta en razonamientos, experiencias nacionales comparadas, iniciativas locales de carácter bancario, opiniones económicas, doctrinas políticas, testimonios presenciales captados *in situ*,... Pero la experimentación no le cabe a Tocqueville y la prevención de la plaga social que representaba el pauperismo es un desiderátum en la segunda *Memoria sobre el pauperismo*. A pesar de ello, Tocqueville no renunció a una nueva ciencia política social que afrontara gobernar para limitar los peores efectos de la modernidad: el pauperismo industrial es una manifestación clara de morbilidad social. A diferencia de Say, Tocqueville afronta el “arte de gobierno” –no sólo el consejo científico o la ilustración del Estado– con la premura política que marca el ciclo histórico.

No es un científico social “tout court” de la época sino un reformador social. Weber comparte con Tocqueville un *pathos* de la acción no menor que el afán observador. Ambos hacen acopio de la energía catilinaría de la acción. De una parte, Weber encara, desde la regeneración política auspiciada por la clase media, la crisis alemana tras la I Guerra Mundial y los dilemas de la República de Weimar. De otra parte, con ciertas concomitancias, Tocqueville, desde una concepción viril y aristocrática de la virtud, desea minimizar los peores efectos que la industrialización democrática trajo. Se enfrentaron al vértigo social con una sociología cualitativa basada en tipos sociales capaces de comprender el caos histórico. Tocqueville abre un camino metodológico tortuoso, para la economía y la sociología, por el que transita Weber con mayor precisión.

4. EL ESTAMENTO DEL SOCIÓLOGO

La correspondencia entre Alexis de Tocqueville y Louis de Kergorlay es la mejor muestra de la formación del método de observación de aquel. Kergorlay siguió todos los trabajos de Tocqueville y fue su arsenal teórico y amigo íntimo durante toda su vida (Kergorlay, Louis de, 1861). El interés activo de Kergorlay por el viaje de Tocqueville a Estados Unidos fue semejante al del autor de *La democracia en América* por la experiencia de su amigo en Geislingen sobre el sistema prusiano y los límites a la centralización con la organización provincial y comunal alemanas. Y el desconsuelo de Kergorlay por no llegar a dominar el alemán y ver truncado su viaje a Prusia fue aliviado por su más íntimo, presto a restar importancia al supuesto detalle (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, 4/VII/1837). Después de todo, las tierras que Tocqueville más anhelaba recorrer después de Inglaterra eran las de Prusia (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, Nacquerville, 10/X/1836). Tocqueville mantuvo gran curiosidad por los materiales reunidos por Gustave de Beaumont en Irlanda, que dieron lugar a *L'Irlande sociale, politique et religieuse* (París, 1839) en colaboración con la editorial Charles Gosselin. Pero Tocqueville observa en Kergorlay el “espíritu del viaje”, caracterizado por la mayor curiosidad y unas exigencias agotadoras. A Kergorlay algunas dificultades familiares le abaten, pero Tocqueville supone que el libro que su amigo prepara sobre su propio viaje debiera tener el mismo éxito que consiguió *La democracia en América*. “Pues después de todo, y sin cumplidos inútiles, –señala– te considero mi maestro” (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, 4/IX/1837). Hay tres hombres en los que Tocqueville vive cada día un poco –Pascal, Montesquieu y Rousseau–: el cuarto es Kergorlay (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, Baugy, 10/X/1836). En esta correspondencia, se encuentran la aristocracia, la monarquía y la masculinidad –observados

por Elster como prejuicios– y otros valores ideales como el estoicismo, la soledad del enclaustramiento del monje con los libros, las estrategias matrimoniales, el elitismo, el militarismo, el anhelo ideal de viajes a China y real a Argelia, el amor amistoso como refugio, la restitución de un honor gótico cuestionado con las pistolas y la exaltación de la energía para no llevar una existencia devota de patata como los campesinos... Son otros elementos psicológicos y espirituales con los que se va configurando la retina del observador social y del político. Aquel proyecto irrealizado de revista forjada entre amigos detalla las bases de esta mirada social.

“Entiendo que nuestra revista se mantenga completamente fuera de las cuestiones políticas propiamente dichas, es decir dejará de lado todas las cuestiones de dinastía y partirá del tiempo actual como de un hecho incontestable y del que no se plantea su legitimidad, que se toma puramente como un hecho.

Estoy lejos de querer, sin embargo, que la revista no tenga un color; pero quiero que el color sea más general. También, mientras que todos los esfuerzos de la economía política de nuestros días me parece tienden a materializarse, quisiera que la tendencia de la revista fuera poner de relieve el lado más inmaterial de esta ciencia, que buscara allí hacer penetrar las ideas, los sentimientos de moralidad como elementos de prosperidad y de felicidad; que buscara rehabilitar el espiritualismo en política y la volviera popular haciendo sentir la utilidad. Quisiera que esta misma tendencia espiritualista se encontrase en su manera de tratar las otras ciencias y las artes.

Si quisiera desarrollar esta idea por las aplicaciones y los ejemplos, haría todo un tratado, lo que no tengo ni la facultad ni la voluntad de hacer en este momento. Pero creo que esta aclaración general te será suficiente para comprender cuál será mi fin impulsando una publicación de revista” (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, (París, 28/IX/1834).

Eran conscientes de que había que reforzar el establecimiento de los saberes. Sería una revista de lo que hoy llamamos reseñas de las publicaciones interesantes editadas en su país y en el extranjero, sin artículos originales, cuentos o fragmentos como el resto de las revistas francesas (Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, (París, 28/IX/1834). No se trataría de imitar a *Revue des Deux Mondes* (1829) sino de elaborar un *Année Sociologique* (1898), que mucho tiempo después podría establecer Émile Durkhiem en Francia. Kergorlay le previene de no incurrir en la *Revue britannique* (1825) que emplea autores reconocidos con argumentos de autoridad dirigidos a un pésimo resultado: “convertirse en el órgano de transformación de los hombres en máquinas –Tocqueville le señala– para una centralización puramente administrativa.” Vivieron la mecanización del mundo actual, que ya se abría paso enton-

ces, como una cárcel. El fin y la utopía de quienes no se dedican a la política práctica son –para el amigo e intelectual más cercano a Tocqueville– repeler un nivel intelectual puramente administrativo (Carta de Louis de Kergorlay a Alexis de Tocqueville, París, 10/X/1834). En esta automatización de los hombres, Tocqueville y Kergorlay veían la disecación de los necesarios sentimientos que acompañan a una visión social crítica. Tocqueville reconocía discrepancias con su amigo en la manera de pensar sobre algún objeto pero una unidad total en la manera de sentir.

Entre ambos construyen un punto de vista filosófico-social, más concretamente estoico, que se erige sobre los placeres materiales de la masa. Distanciarse y observar a la sociedad requiere permanecer ajeno a sus estímulos corrientes. Tocqueville aprecia de Kergorlay su plenitud de sensibilidad y corazón singulares. Ambos están años luz de la experiencia de los pobres. En realidad, el aliento de un alma patrimonialista frente al “pauperismo” es una terapia material. Dejan a un momento posterior, y sobre todo a caracteres elevados y minoritarios, una posible singularización moral. El “materialismo honesto” es, para ambos, el destino de las clases más vulgares. A este materialismo, que representa la salvación del pobre, se niegan los hombres y mujeres con gracia en el alma y en el espíritu. Kergorlay y Tocqueville comparten una dirección espiritual estoica frente a los pesares cotidianos más elementales. Estudian las “tristezas de la vida” como “acontecimientos de guerra” y se sacuden todas sus malas impresiones. Realizan un severo proceso de individuación y se sienten tanto más diferentes cuanto más conocen a hombres semejantes unos a otros como “viejas piezas de moneda” que no se diferencian unas de otras por la mínima (Carta de Louis de Kergorlay a Alexis de Tocqueville, Fousseuse, 16/VIII/1836, Carta de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, París, 24/X/1836).

La frialdad de los análisis de Louis de Kergorlay en el viaje a Alemania es una gran sorpresa para Tocqueville. De la parte admirativa, Tocqueville aprecia que esa mirada gélida es necesaria. Valora que los hombres entramos y salimos de experiencias trabajosas sin capacidad alguna para reflexionar acerca de las impresiones y estados de ánimo que nos ocasionaron. En cambio, Louis de Kergorlay es tan frío como el regicida Damiens, tan presto a ver, todavía vivo, los girones de su propio cuerpo descuartizado por un tiro de caballos antes de ser lanzados al fuego. Ningún filósofo griego demostró tanta fineza de espíritu como mirada su amigo –señala Tocqueville– dotado de un punto moral y político con su propia mirada. El elogio era extraordinario pues ambos tenían muy presentes en la cabeza a los estoicos, a Sócrates y a Platón y al más irónico de los filósofos con su propio gremio: Luciano de Samosata. Sin embargo, la mirada de Tocqueville se completa con la necesaria inmersión del “espíritu en el estado positivo y enérgico necesario a la producción más completa de las ideas”. Pasión

y razón se anudan en uno y otro amigo ante el saldo de soledad que la investigación social deja para ambos. Sobre la virtud pública, concluyen, no tenemos reglas previas y hay que marchar solos. No hay principios previos que orienten la acción política. Sólo queda una entereza de carácter y una independencia a prueba de las mayores combustiones venidas del poder. Kergorlay defiende la independencia incluso ante su ser más querido: Tocqueville. Y el autor de *La democracia en América* le aconsejaba entrar en el microondas de las más rápidas descongelaciones: el matrimonio, porque, a pesar de las reticencias de su amigo con las mujeres, ciertas compañeras pueden respetarle en el trabajo (Carta de Louis de Kergorlay a Alexis de Tocqueville, 14/I/1837; Cartas de Alexis de Tocqueville a Louis de Kergorlay, Baugy, 4/XII/1836; Cherbourg, 21/VI/1837; 4/IX/1837).

A Max Weber se le pueden contabilizar las mujeres por muy escasas (González García, José María, 1996). Se unió a una estupenda intelectual que no sólo le acompañó sino que le parafraseó la investigación y detalló el contexto socio intelectual que compartieron (Weber, Marianne, 1995). Pero en materia de investigación se da la salvación menos aún que en el matrimonio. El sabio de Heidelberg guardó pudoroso silencio sobre su intimidad. En cambio, habló y escribió de cuestiones metodológicas con la pesadumbre de quien habla mucho, por necesidad, de algo que no marcha bien. Al final, uno está solo ante las decisiones fundamentales. Weber dijo certeramente, refiriéndose al “viejo Mill”, que, cuando se sale del mero dato empírico, uno se encuentra ante el politeísmo valorativo de las decisiones. En este mismo sentido, ni la pasión indeclinable ni la mirada de témpano pudieron concluir en principios científicos incontrovertibles que orientaran las decisiones políticas de este grupo de amigos franceses de París. Tampoco Weber tuvo mayor fortuna con la investigación social volcada sobre su época. La República de Weimar acabó incendiándose lentamente hasta combustionar. Y a Tocqueville y Kergorlay no les cupo sino presagiar el triunfo de la democracia de masas que Weber acató con desconsuelo después. La ciencia no les evitó el desastre. Después de todo, el viaje metodológico tiene sus pasiones y numerosas motivaciones. Nada evita que ya sea la custodia de los presos o la regeneración de los miserables requieran de decisiones sin brújula y timón fijos. De la misma manera que ocurre con la elección de consorte. Uno sólo llega a puerto ficticiamente por más que viaje. Hacer la travesía en primera asegura no encontrarse con los olores y la basura de la miseria. Pero la podredumbre o la desesperación anegan, en cualquier caso, tanto a los ricos como a los inmensamente pobres.

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, París, 1967, 663 págs.
- Boudou, Guillaume, «Quelques idées sur un plan d'association libre pour la destruction de la mendicité. À propos d'un manuscrit méconnu d'Alexis de Tocqueville (1836-1840)», *Mélanges dédiés au Professeur Michel Ganzin* (ed. Gasparini, E.), Paris, La Mémoire du Droit, 2016, págs. 741-806.
- Costa, Joaquín, *Oligarquía y caciquismo como forma de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901), I y II (prólogo de Alfonso Ortí), Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975, CCLXXXVII+246 págs., XXX+529 págs.; Secciones de Ciencias históricas y Ciencias Sociales del Ateneo de Madrid, Centenario de la Información del Ateneo de Madrid sobre *Oligarquía y caciquismo (1901-2001)*, Madrid, Ateneo de Madrid y Editorial Fundamentos, 430 págs.
- Droz, Joseph, *Économie politique ou Principes de la Science des richesses*, Bruxelles, Société de Librairie Hauman, Cattoir et Cie, 1837, 271 págs.
- Durkheim, Émile, *De la división del trabajo social* (1893), Planeta, 1985, 493 págs.
- Elster, Jon, *Political Psychology*, Cambridge University Press, 1993 (trad. cast. Alcira Bixio, *Psicología política*, Gedisa, Barcelona, 1995, 214 págs.).
- Engels, Friedrich, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844), Madrid, Akal, 1976, 336 págs.
- Foucault, Michel, *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France*, 2004, 368 págs. (trad. cast. Horacio Óscar Pons, *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Colegio de Francia (1978-1979)*, Madrid, Akal, 2012, 352 págs.).
- Gauchet, Marcel, *La Révolution des droits de l'homme*, París, Gallimard, 1989, 341 págs.
- González García, José María, "Max Weber: Razones de cuatro nombres de mujer", *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica* (Coord. María Ángeles Durán Heras), Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996, págs. 181-206.
- Marshall, T. H., Bottomore, Tom, *Citizenship and Social Class*, Londres, Pluto Press, 1992 (trad. cast. Pepa Linares, *Ciudadanía y Clase social*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, primera reimpresión 2007, 149 págs.).
- Kergorlay, Louis de, *Étude Littéraire sur Alexis de Tocqueville*, Paris, Douniol, 1861.
- Melossi, Dario; Pavarini, Massimo, *Carcere e fabbrica. Alle origini del sistema penitenziario (XVI-XIX secolo)*, Bolonia, Il Mulino, 1977 (1982) (trad. cast. Jorge Tula, *Cárcel y fábrica: los orígenes del sistema penitenciario (siglos XVI-XIX)*, México, Siglo XXI, 1985, 237 págs.
- Monty, Leopold, "Alexis de Tocqueville", *Revue Européenne*, III, Tomo XIV, 1861, 824 págs., págs. 37-64.

- Nolla, Eduardo, “Teoría y práctica de la libertad en Tocqueville”, *Alexis de Tocqueville. Libertad, igualdad, despotismo* (Eduardo Nolla (Editor), Oscar Elía (Coordinador)), Madrid, F.A.E.S., Instituto Cánovas del Castillo, 2007, 359 págs.
- Ros, Juan Manuel, “Estudio preliminar”, *Memoria sobre el pauperismo*, de Alexis de Tocqueville, (Estudio preliminar, traducción y notas de Juan Manuel Ros), Madrid, Tecnos, 2003, XXXIV+77 págs.
- Sauca, José María, *La ciencia de la asociación de Tocqueville. Presupuestos metodológicos para una teoría liberal de la vertebración social* (Prólogo de Eusebio Fernández), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1996, 671 págs.
- Sauquillo, Julián, “El significado de la “Ciencia libre de valores” en la sociología comprensiva de Max Weber”, *El positivismo jurídico a examen. Estudios en homenaje a José Delgado Pinto* (J. A. Ramos Pascua y M. A. Rodilla González (Eds.)), Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2006, 1302 págs., págs. 1178-1195.
- Say, Jean-Baptiste, *Cours complet d'économie politique pratique*, Bruxelles, Société Belga de Librairie Hauman et Cie, 1840, 622 págs.
- Tocqueville, Alexis de; Kergorlay, Louis de, *Correspondence d'Alexis de Tocqueville et de Louis de Kergorlay, Oeuvres complètes*, Tomo III (Edición definitiva publicada bajo la dirección de J.-P. Mayer; texto establecido por André Jardin; introducción y notas de Jean-Alain Lesourd), París, Gallimard, 1977, 495 págs.
- Tocqueville, Alexis y Beaumont, Gustave, *Del sistema penitenciario en Estados Unidos y su aplicación en Francia* (estudio preliminar, traducción y notas Juan Manuel Ros y Julián Sauquillo), Madrid, Tecnos, 2005, LXV+363 págs.
- Weber, Marianne, *Max Weber: Una biografía* (trad cast. Javier Benet y Jorge Navarro), Valencia, Alfons el Magnànim, 1995, 965 págs.).